

Mujeres y literatura

Carina Blixen

Josefina Lerena Acevedo y el pecado de la lectura

Las relaciones entre el hombre y la mujer han sido siempre difíciles. Enemigos, amigos, amantes, un espejo en el que medirse o en el que contemplarse. Nunca como ahora las preguntas se han acumulado en forma más insistente y contradictoria.

¿Qué importancia tiene el sexo para la determinación social del individuo? Las respuestas han sido infinitas. Ya nadie puede ignorar las reivindicaciones feministas, pero de ahí a una vivencia satisfactoria de cada rol en la vida cotidiana falta todavía mucho. Es bueno saber que todo tiene una historia, que puede ser abierta, plural, e invitar a la indagación. ¿Las mujeres somos "subordinadas estructurales"? ¿Lo fuimos siempre de la misma manera?

Josefina Lerena Acevedo (1889-1967) fue periodista, narradora, cronista. No fue una transgresora ni una postergada. Antes que nada fue una escritora. Una mujer que no vivió de su pluma, pero hizo de la labor intelectual uno de los ejes de su vida. Tal vez su figura carezca de la dimensión trágica o heroica para que su revalorización sea muy espectacular, pero entre sus páginas se encuentran imágenes de un pasado en que aún nos podemos mirar, y en desarrollo intelectual.



Anderssen Banchero. También podrían serlo las de Josefina Lerena, pero hay una distancia enorme entre la violencia de la marginación pueblerina o barrial de estos narradores y las quintas exteriores e interiores en las que esta mujer se desarrolla. Hay una clara diferencia social e histórica entre la exposición a las circunstancias del mundo que sufren los protagonistas de Morosoli o Banchero y el ambiente apacible, recoleto y sobreprotector en que creció la niña Josefina. Nada de la violencia barrial o la marginación pueblerina, Josefina escribe desde otros márgenes, los de una mujer, pero burguesamente asentada. En *Contraluz* recuerda que su padre no le permitía leer y que lo hacía "a escondidas y como pecando". No tiene que luchar con un mundo agresivo, tiene que vencer las comodidades y la sobreprotección que no le permiten ser. En sus evocaciones no aparecen casi hermanos, un lugar que tenga que disputar. Está sola. Tratando de crecer en los espacios que le dejan y forzando otros, pero con una ausencia de belicosidad y rebeldía que hace sospechar su complacencia hacia ese mundo seguro y rígido que le fue dado.

Melancólicamente (1977) se publica póstumo. El epígrafe dice: "... no he hablado de un diario íntimo, porque nada en ellas (estas páginas) roza los secretos del alma, aunque nunca es totalmente íntimo un diario íntimo". Más allá de la sensatez de esta reflexión, considerada en la perspectiva global de sus textos, queda la sensación fastidiosa de que está aceptando demasiadas barreras de contención. No es íntimo, no se bucea hacia adentro porque tal vez se puede encontrar muchos demonios. Tampoco se hunde en el caos del afuera. Evita todo caos. Se queda en un orden tembloroso, ambiguo, frágil. Su pro-

muy espectaculares, pero entre sus páginas se encuentran imágenes de un pasado en que aún nos podemos mirar, y su desarrollo intelectual admite ser considerado como un ejemplo ilustrativo de los tropiezos y ambigüedades que han pautado los vínculos de la mujer con su medio.

De la crónica de modas a la reivindicación feminista: un paso adelante, otro atrás

Empezó escribiendo crónica de modas para *El Ideal* y la revista *Actualidades*. Desde este reducto acotado, apropiado a su condición de mujer, da un salto en los años treinta e invitada por Carlos Quijano se hace cargo de una columna en *El Nacional* (3-VIII-1930/28-VI-1931), en la que trata con valentía y reticencias problemas diversos sobre la mujer en el trabajo, con su pareja, como madre, etcétera. En estos artículos, entre otras preocupaciones, acusa la falta de derechos de la mujer divorciada, reivindica la necesidad de la trabajadora a llevar su nombre y no el del marido, pues la mujer también puede aspirar al éxito y por lo tanto a un nombre que la individualice y no la ligue a otro, a una familia.

Tal vez lo más "revolucionario" de un artículo publicado el 10 de agosto de 1930, "El porvenir de los hombres visto desde el 'sector' femenino", se encuentre en ese título y en su comienzo: "Ya que los hombres opinan sobre todas nuestras cosas y hasta resuelven lo que hemos de hacer, ¿no podemos también alguna vez las mujeres pensar lo que les conviene hacer a ellos?". Hace público su derecho a juzgar a los hombres y marcarles pautas de conducta. Posiblemente hoy sea difícil advertir que ello implica toda una desjerarquización de las relaciones hombre/mujer, un zafarse del lugar del sometimiento desde donde siempre se juzga, pero en voz baja, para colocarse en una situación de paridad o superioridad respecto al hombre.

Estos artículos están cargados con la ambigüedad de su condición de buena señora, nostálgica a veces de un orden perdido, aguda, otras, para marcar las insuficiencias del vigente. Si por un lado llama la atención sobre la situación de "la mujer obrera" (16-XI-1930) o se queja de la benignidad de la sociedad hacia los crímenes pasionales perpetrados por los hombres (19-IV-1931), no puede desprenderse de modelos masculinos y femeninos muy fijados. Defiende a la mujer, sus aptitudes, haciendo un catálogo de virtudes que tal vez hoy pocas suscribirían. En "Escuelas agrícolas femeninas" (5-X-1930) destaca los dones femeninos para el desempeño de tareas agrícolas: "(...) tiene condiciones especiales de dedicación, orden, economía y previsión con lo que podrían ser insustituibles en muchos de esos trabajos (...). Ella es más paciente que el hombre y más sedentaria (...)". En contrapartida, exalta al hombre de voluntad, al hombre fuerte, en *Entre líneas*

(1938), actitud que su posterior y muy buena biografía sobre Reyles (1943) corrobora.

Un poco antes, defendiendo el mundo del espíritu, impulsaba contradictoriamente un modelo decorativo de la mujer. En "Volviendo a lo antiguo" (2-VIII-1930) se queja de la importancia que se le da "ahora" a los músculos: "Sin duda, hemos conseguido equilibrar la salud, pero desequilibrando la gracia (...) La feminidad exquisita, la suave, la delicada feminidad, muere. ¿Se habrá ganado algo con ello? Sería aventurado asegurarlo. Si el ejercicio de los deportes fuera moderado, si quedara un rato para leer, para hacer música, para iniciarse en algún arte, o para no hacer nada, para soñar solamente, aceptaríamos. Pero renunciar a todo, perder todos los atractivos personales para poder estar en training como un boxeador, nos parece excesivo". Se espanta ante la posible disolución de la oposición fuerza/debilidad ("gracia"), uno de los sustentos de la vieja subordinación entre los sexos. Pesa más su nostalgia que su, en otros momentos, probada perspicacia para medir los desniveles de esta relación.

Hacia una imaginación personal

Josefina Lerena comienza haciendo artículos periodísticos, luego escribe ensayos sobre la creación y gradualmente va liberando su mundo interior. Tiene una postura intelectual, que tiende a la teorización. Por el camino de la teoría busca el subconsciente, la vivencia íntima, y de ahí pasa al recuerdo, a liberar muy lentamente, con muchos pudores, una imaginación personal. Así aprende a construir estampas, a narrar. En *Contraluz* (1948) aparece la infancia revivida a través de las personas que la rodean. No es muy introspectiva. Hace una crónica "amorosa" que jerarquiza los detalles triviales volviéndolos significativos. Hay adelantos de lo que después aparecerá en su libro más celebrado, *Novcientos* (1967), en la figura de Benicia, la empleada que "atravesaba la calle Agraciada, como si fuese un corredor de la casa, con la bandeja servida y las tasas rebosantes...".

Espacios cerrados: la memoria, las quintas, la infancia, la familia

En el prólogo al libro de Juan Carlos Venturini, *Herida divisoria* (1991), Elvio E. Gandolfo integra el texto a un género que considera como "memorias de la infancia". Los ejemplos más recurridos para afirmar que tal existe, son los de *Muchachos* (1950) de J. J. Morosoli y *Las orillas del mundo* (1980), de

porque tal vez se puede encontrar muchos demonios. Tampoco se hunde en el caos del afuera. Evita todo caos. Se crea un orden temblante, ambiguo, frágil. Su prosa es "elegante y fina" como dice la contratapa. Tiene gracia, recrea con sutileza pero es demasiado medida. Sigue encorsetada. Tiene un pudor que es muy "elegante", pero también esterilizador. Siempre está mirando, protegiendo su mundo interior, recreándolo. Los seres, las cosas, los acontecimientos están todos presentados a través de esa conciencia que parece no poder olvidarse de sí. Nunca pierde el control, aunque éste podría ser uno de sus anhelos.

Una "señora" ilustrada

El intelecto salva a Josefina Lerena de la enajenación, del previsible aburrimiento, de la monotonía de las tareas que una mujer de su tiempo y su condición debía desempeñar. Como mujer intelectual se coloca en un margen, sale de la esfera común y se gana un lugar que es distinto al de las demás mujeres pero que no la equipara a los hombres. Lo que escribe puede aumentar su prestigio y su decoro, puede ser un adorno más a las múltiples sabidurías femeninas. Otro espacio "cerrado", como las quintas, donde encontrarse y esconderse. Se elige la marginalidad para poder desarrollarse, pero ésta no asegura la igualdad.

Tanto la niña como la mujer se reconocen en ese "otro espacio" que da la escritura y que se relaciona con el ejercicio de la memoria, con la elaboración del recuerdo. Un ámbito más de reclusión es el precio pagado para la libertad interior.

No hay en sus textos casi menciones al cuerpo o a lo que podría llamarse todo "lo bajo" de la existencia. Esa jerarquización no dicha pero marcadamente presente le impide la liberalización que por momentos parece pedir. No hay en sus textos nada del presente -salvo en las crónicas de *El Nacional*-, nada que la comprometa vivencialmente en el momento: elige recrear el pasado. La memoria es sin duda la fuente para encontrar la identidad, pero es también un refugio donde sustraerse de la actualidad.

Desde su margen, entre una conciencia aguda de la modernidad y sus costos y la nostalgia de un pasado, se diluye en Josefina Lerena lo que podría ser furia reivindicadora. Crece intelectualmente, crece contra toda prohibición, leyendo, pues es su única posibilidad de incorporar el mundo, la calle, el barrio; esa experiencia directa que le está vedada. Su vida y obra no tienen nada de la desesperación de su contemporánea Virginia Woolf (1882-1941), ni la furia exasperada de la actual Marguerite Duras. Josefina Lerena aceptó una vida cotidiana, un lugar social y logró que no fuera asfixiante, pudo ser reconocida como persona y no en función de otros. No es una imagen heroica, no es una imagen trágica, ¿nos sirve?